

« una vez sin sospechar que adoleciese de la temprana enferme-
 « dad de hacer versos. Mandóme después un *ramillete* de aque-
 « llas flores, algunas de las cuales me parecieron fragantes y
 « todas ellas un estudio gimnástico, que prescribiría a los jó-
 « venes, como en Inglaterra a los latinistas componer versos
 « en latín para estudiar las diversas *modalidades* del sentimiento
 « y encontrarles su forma adecuada. Un amante desdeñado por
 « ejemplo, ¿cómo expresaría su cuita? El poeta toma la pluma,
 « mordía antes las barbillas), mira al cielo de yeso ahora, y
 « escribe. . . . Escriba usted lo que le sugiere el magín».

S A D Y Z A Ñ A R T U .

DE TIEMPOS LEJANOS

RECUERDOS DE LA NIÑEZ

(PAGINAS INTIMAS)

SUMARIO.—Lo que era la instrucción primaria en La Serena medio siglo atrás.—Los colegios de San Francisco y Católico.—Don Bernardo del Solar y el coronel Elorriaga.—El colegio de Arturo Prat.—Las correrías y toma del "Huáscar".—El maestro Soto.—El mineral de La Higuera.—En el Liceo de La Serena.—Algo de la historia de ese plantel.—El Rector don Rafael Minvielle.—Los profesores de mi tiempo.—Los Inspectores y el personal menudo.—El Vicerrector don Fortunato Peralta.—Una colegialada de consecuencias.—Mis condiscípulos.—Un recuerdo de Edmundo de Amicis.—El viejo hogar de mis mayores.—Ño Mondaca y el Tata Joaquín.—Lo que era La Serena en aquellos tiempos.—Fin.

DE mi primera instrucción guardo escasos recuerdos, que no hacen falta por lo demás; pero puedo sí decir que debió ser muy rudimentaria, porque en aquellos ya lejanos tiempos no existían en La Serena ni los *Kinderqarten del presente*, ni las *Escuelas Palacios* que hoy engalanan su edificación.

Todo era entonces modesto y embrionario y hasta en el profesorado sólo existían personas de buena voluntad y absolutamente ayunas de lo que hoy pomposamente se denomina ciencia de la pedagogía.

Aprendí a leer así, en un modesto colegio familiar regentado por una bondadosa señora Solar, quizás pariente de mis padres, pasando en seguida a un otro de igual índole, que dirigía una anciana maestra, doña Carmelita Esquivel, a quien ayudaba en sus tareas unas señoritas Fredes, tan llenas de pretensiones y años, como faltas de preparación y en ambas escuelas pude adquirir ya rudimentos educacionales que me permitieron ingresar a un establecimiento de mayor categoría, regentado por la señora Nepomucena Lobos, cuya mejor ayudante era su sobrina Elvirita, que solía palmotearnos de lo lindo para castigar cualquiera de nuestras inocentes travesuras de niño.

También estuve, aunque sólo por pocos meses, en un colegio mixto, de hombres y mujeres, que regentaba maternalmente una señora llamada doña Petita Flores y que funcionaba en la Plaza de Armas, acera poniente, ocupando una casa bastante mediocre y absolutamente falta de comodidades escolares.

Hasta esa época vestíamos, pues, de *pollerita corta* y el pseudo aprendizaje se hacía en común con las chiquillas de familias acomodadas de la ciudad; pero desde el día en que empezamos a usar pantalones y en que el *juego a las escondidas* empezaba ya a hacerse peligroso.... nuestra madre no creyó prudente, ni decente que continuáramos en tal promiscuidad, por lo cual mi hermano Carlos y yo hubimos de ingresar a diversos colegios simplemente ya de varones, entre los cuales recuerdo los siguientes:

El de *San Francisco*, regentado por don Cruz Carmona y el *Católico*, cuyo severísimo Director, don Tobías Courbis, empezó ya hacernos pesar lo que era la disciplina escolar. Este establecimiento gozaba entonces de mucho prestigio y estaba ubicado en la esquina nororiente de la Plazuela de San Francisco, o sea, precisamente donde muchos años atrás había existido un otro colegio similar, denominado San Pablo, considerado como el primero en importancia en la época de nuestros abuelos (hoy Balmaceda 158).

La casa ocupada por estos colegios, el Católico y el San Pablo (que muchos años antes había pertenecido a un vecino de figuración, don Juan Somarriva), tenía también cierta crónica lugareña digna de ser recordada, ya que en ella vivió durante la Reconquista (1814-1817), un destacado y cruel personaje de la Patria Vieja, el coronel español don Ildefonso Elorriaga, enviado expresamente a nuestra ciudad por el general Osorio para molestar y castigar en sus haberes a los patriotas

adinerados de Coquimbo, como lo eran los señores Jorge Edwards, Aníbal Ariztía, Buenaventura Argandoña, Pablo Garriga y mi antepasado don Bernardo del Solar y Lecaros, rico minero de Tamaya a quien se le puso en cierta ocasión un cupo de guerra de doce mil pesos, en plata labrada, so pena de que si no lo entregaba dentro de 24 horas, le sería duplicado y aun hecho efectivo con el remate o venta de sus propiedades. . .

Este don Bernardo era un caballero de señalado prestigio personal y oriundo de Concepción, que solía firmarse Cajigal del Solar, y que había llegado a nuestra ciudad muy joven y con mucha prosapia en la cabeza y sin chapa en los bolsillos, lo que supo después obviar, desposándose con la única hija mujer de un encumbrado personaje de este terruño, don José Fermín Marín y Aguirre, que por algo se le titulaba *Alcalde Vitalicio* de La Serena y Gran Encomendero de Huamalata, la que llevó al tálamo nupcial, a título de dote, la hacienda de Limarí, en Ovalle, dentro de la que estaba el ya rico mineral de Tamaya, en cuya mina El Chaleco, don Bernardo y sus doce hijos hicieron gran fortuna.

Hermanos de esta rica heredera, llamada doña Josefa, fueron don José Gaspar Marín, gran patriota y Secretario de la Junta de Gobierno de 1810, y don Ventura, que también supo prestar a la patria señalados servicios, como ser la de equipar de armas de su propio peculio, a un escuadrón de patriotas de Coquimbo, que más tarde debía batirse gloriosamente en Soco, a las órdenes de otro de mis antepasados, el coronel don Joaquín Vicuña, que más adelante habremos de citar.

Siguiendo en el relato de nuestra anécdota, diré que años más tarde, uno de los hijos de don Bernardo adquirió la hacienda Chacabuco, vecina a Santiago, donde se dió la gloriosa batalla del mismo nombre, que abrió las puertas de la capital a las huestes de San Martín y O'Higgins, y ahí encontró gloriosa muerte, en defensa de su causa, el recordado coronel Elorriaga. Pues bien, dicen que en cierta ocasión el propietario del fundo, recorriendo uno de los potreros arados topó con una calavera, que quiso suponer fuera la del propio difunto Elorriaga, que tantas humillaciones había hecho a su padre y entonces hízola conducir a las casas de la hacienda, donde la mantuvo hasta sus postreros días, cuidadosamente guardada en una urna de vidrio, con una leyenda que textualmente decía:

“Esta calavera, que es la del coronel realista Ildefonso Elo-

rriaga, debe a la familia del Solar y Marín, doce mil pesos, más sus intereses, desde 1815".

Ignoro si lo anterior, oído a mis mayores, haya sido antes relatado, como también si los actuales dueños de Chacabuco conservan o no la expiadora reliquia a que he hecho referencia.

Volviendo al tema de nuestra primera educación, diré que del ya citado colegio *Católico*, mi hermano y yo pasamos a otro, denominado *Arturo Prat*, ubicado en la calle Catedral (hoy Cordovez), esquina surponiente con la de San Agustín educacionista, don Eulogio Rojas, que los muchachos de entonces denigradamente llamábamos el *pechoño Rojas*, por su exagerada y ostentosa beatitud, en el cual pasamos todo el azaroso tiempo de la guerra del Pacífico, cuyas alzas y bajas seguíamos los estudiantes con infantil inquietud, sobre todo las famosas correrías del "Huáscar", que en más de una ocasión penetró sorpresivamente a la bahía de Coquimbo para destruir las lanchas y muelles del puerto, manifestando con ello un dominio vergonzoso de los mares, que nunca había podido hasta entonces impedir nuestra escuadra, al mando del Almirante William Rebolledo, que navegaba de norte a sur sin poder darle alcance. Grande y febril fué, pues, nuestro entusiasmo cuando en el glorioso día del 8 de octubre de 1879, se difundió por toda la ciudad la gran noticia de que el glorioso Almirante don Juan José Latorre había logrado apresar en Punta Angamos, en cuyo sin par combate había perecido, con todos los honores de la guerra, su comandante, el denodado Almirante Grau. Todo el mundo en ese día, enloquecidos de entusiasmo, corría por las calles y unos a otros se abrazaban con lágrimas en los ojos, a lo que la muchacuada del Arturo Prat hacía eco con infantil algazara. En tales momentos llegó al colegio nuestro profesor de canto, don Carlos Walde, para conducirnos bulliciosamente al propio tablillo o kiosco de las tocatas musicales de la Plaza de Armas. y ahí, nos hizo corear la canción oficial del colegio, que era un himno a Prat, cuya música y letra había él compuesto, en presagio de nuestro triunfo final.

Más de medio siglo va corrido desde entonces y a pesar de tanto tiempo aun me parece estar viendo la fisonomía congestionada de nuestro vate, que, batuta en mano, orgullosamente cantaba con nosotros, como lo hubiera hecho Rouget

de L'Isle en los tiempos de los marseleses, aquellas vibrantes estrofas que afiebraban nuestras juveniles mentes:

Viva Prat, viva Prat y sus marinos,
Que supieron y quisieron bien morir;
Y "Esmeralda", que cumpliendo sus destinos,
La bandera de la Patria supo hundir.
¡Viva Prat y viva Prat y sus marinos!

Y mientras el eco de aquellas vibrantes estrofas se esparcía por la ciudad y la gente, poseída de loco entusiasmo, glorificaba con nosotros al héroe de Iquique, los cohetes y vivas tronaban por todos los ámbitos y las lágrimas nublaban todos los ojos.

¡Qué delirante y sentida fué aquella manifestación!

Chile, en sus sinceros anhelos de paz, creía en esos momentos, que la captura del "Huáscar" significaba no sólo el dominio absoluto del mar, sino también el término definitivo de la guerra, que con tantos caracteres de heroicidad y sacrificios de sangre, venía sosteniendo contra dos potencias, Perú y Bolivia, lo que por desgracia no ocurrió.

Los porfiados combatientes siguieron sus proezas; tres años más tarde, en octubre de 1883, el agotamiento de los vencidos tradujo el Tratado de Ancón, y a pesar de ello, la paz definitiva sólo llegó medio siglo más tarde, al ser firmado el denominado Tratado de Lima.

En tal forma, la contienda armada había durado hasta 1883; pero la diplomática, que fué tanto o más cruenta, sólo terminó en 1929.

*

* *

Siguiendo nuestra crónica estudiantil, diré que nuestra residencia habitual fué siempre en La Serena, en la casa solariega de nuestros mayores de la calle Catedral; pero que habiendo mi padre tomado en 1880 la dirección comercial de los establecimientos metalúrgicos de cobre de mis tíos Félix y Santiago Vicuña, ubicados en el mineral de La Higuera y en el vecino puerto de Totoralillo, hubimos de trasladarnos a aquellos centros mineros, en los que no existían escuelas, ni elemento alguno de instrucción primaria.

En los comienzos frecuentamos en La Higuera con mi hermano Carlos, un muy rudimentario colegio mixto, regentado por un carpintero de mala muerte, que llamaban el Maestro Soto, donde los muy contadísimos discípulos deletreábamos el Silabario Sarmiento, mientras el profesor cepillaba sus tablas; pero ante tal insuficiencia fué necesario llevar de La Serena profesores especiales que vivieron con nosotros, dedicándonos todo su tiempo para inculcarnos algunos rudimentos de la ciencia e instruirnos en *las cuatro operaciones* de la aritmética. El primero de ellos, don Nicolás Osorio, era una persona muy contraída y de escasos recursos pecuniarios, que habiendo ya terminado en el Liceo sus estudios de humanidades, se dedicaba con laudable tesón, a preparar su bachillerato, a fin de ingresar después, como lo hizo con éxito, en la Escuela de Medicina de Santiago, y el segundo lo fué don Benjamín Rodríguez, de menor capacidad, preparación y aspiraciones, cuyo futuro me es desconocido; pero que creo terminó sus días como maestro o inspector de instrucción primaria, en la ciudad de Vicuña, capital del departamento de Elqui.

En esos tiempos el mineral de La Higuera, hoy enteramente muerto, constituía un centro industrial de excepcional importancia y movimiento y contaba con una población quizás no inferior a cinco mil habitantes, alimentando a lo menos diez hornos de fundición, pertenecientes los unos a mis tíos Vicuña, y los demás a los prestigiosos hombres de negocios señores Juan y Pedro Pablo Muñoz y a don Vicente Zorrilla, el último de los cuales era un personaje de señalada actuación político-social, vinculado también a nosotros por parentesco colateral, pues su hijo mayor, muerto prematuramente, se había casado con Zunilda Vicuña Amor, prima de mi madre y que en su época fué una de las más hermosas y atrayentes damas de la sociedad serenense, a quien don Ramón Subercaseaux Vicuña, dedica páginas muy sentidas y amenas en su libro *Memorias de Cincuenta Años*.

De ahí la gran importancia de que gozaba en todo el país aquel centro minero, en cuyos días de fiestas se celebraban, en el lugar denominado La Placilla, lucidas y muy bulladas reuniones, a las cuales solíamos concurrir con nuestro profesor, para lucir, con no disimulado orgullo, nuestros progresos en el manejo del caballo, que constituía nuestro gran deleite.

Pero como ya íbamos creciendo, nuestro padre se decidió a enviarnos nuevamente a La Serena, a la patriarcal casa de nuestros abuelos, en la que ya nos instalamos de firme, para

ingresar a un establecimiento educativo de importancia, que no podía ser otro que su Liceo, pues al Seminario sólo entraban aquéllos que tenían vocación sacerdotal, muy distante de las nuestras.

Nos matricularon, pues, en el Liceo, en Agosto de 1882, en el cual quedamos hasta el término de las humanidades, para estar así en situación de continuar los estudios en la Universidad de Santiago, como efectivamente lo hicimos: Carlos siguió los cursos de abogacía y yo los de ingeniería.

Pero no adelantemos los hechos y dediquemos algunos recuerdos a nuestro querido Liceo, fundado hace ya más de un siglo y al cual le soy deudor de tantos beneficios, ya que en él realicé, como lo he dicho, toda mi educación humanista y formé mi propio carácter de hombre útil y capacitado para las diarias luchas del posterior vivir.

*
* *

El Liceo de La Serena es, indudablemente, hoy el más importante de los establecimientos educacionales del norte y aun del país y lleva ya, como se ha dicho, más de un siglo de existencia útil y prolífica para los progresos culturales de la nación.

Fué fundado en abril de 1821, siendo intendente de la provincia uno de mis antepasados, don Joaquín Vicuña y Larraín, quien, de acuerdo con don Gregorio Cordovés, otro gran benefactor serenense, aplicó a su primera instalación los productos de un legado pío de que este último era depositario.

Su primer Rector fué el doctor en Derecho y prestigioso sacerdote de La Serena, don Juan Nicolás Varas y Marín, que también pertenecía a mi familia y a quien le cupo la ardua y entonces bastante difícil tarea de su organización interna.

En los comienzos se le denominaba Instituto de *San Bartolomé de La Serena*, en recuerdo del primitivo patrono y nombre de la ciudad de su asiento y tuvo como primera residencia determinadas salas del convento de Santo Domingo, en las cuales funcionó hasta 1824, en que pasó, en iguales términos de estrecheces, al claustro de San Agustín, donde permaneció sólo un año, para trasladarse en seguida a una casa expresamente arreglada con tal objeto, que estaba ubicada frente al Mercado Municipal, llamado entonces Plaza de Abasto, en la cual funcionó hasta 1869, en que definitivamente pasó

a ocupar el regio local de hoy, constituido por un hermoso y amplio edificio de dos pisos y cuyo frente abarca toda la extensión de una cuadra de la calle Cantournet, cuyo nombre se deriva de uno de sus más prestigiosos rectores, Mr. Pierre Cantournet, gran latinista de su tiempo y que actuó en el establecimiento por espacio de 10 años, desde 1833 hasta las finalidades de 1841.

En tal forma, en su primer siglo de fecunda existencia, este Liceo ha sido dirigido por los siguientes rectores, que enumero por orden cronológico:

Juan Nicolás Varas Marín, José Joaquín Soiza, Francisco Javier Lima, Pedro Cantournet, Sebastián Manubens, Tomás Zenteno, José Ravest, Manuel Cortés, Jacinto Concha. Miguel Saldías, Juan de Dios Peny, Gabriel Izquierdo, Juan José Gorroño, Pedro Nolasco Préndez, Rafael Minvielle, Buenaventura Osorio, Felipe Herrera, Medoro Pedevila y Eliseo Peña Villalón.

Su actual Rector es el señor Jorge Miranda Herrera.

Como es fácil comprenderlo, en el primer siglo de laboriosa acción educacional, de este Liceo han salido muchas y muchísimas personalidades útiles y de resonancia en el país, tanto en el campo profesional, como en el de las letras, y en el de la política, que sería largo enumerar; pero de entre ellas quiero ahora, a lo menos, recordar los nombres bastantes conocidos y prestigiosos de los señores Marcial Martínez, José Alfonso, Julio Zenteno Barros, Eliseo Cisternas Peña, y Francisco San Román, que con tanto brillo han servido a la nación, en la judicatura, en la diplomacia, en la ingeniería y en otras diversas actividades profesionales y culturales.

Cuando en 1921, se celebraron en La Serena las entusiastas fiestas conmemorativas del primer centenario de nuestro querido plantel, en las cuales me cupo desempeñar un entusiasta papel de organización, los señores Martínez y Zenteno, ya nombrados, como también mi recordado profesor de Ciencias Físicas y Naturales, don Bernardo Ossandón, y mi hermano Carlos, me hicieron sendas y muy interesantes cartas sobre la crónica íntima de nuestro Liceo, las que figuran publicadas *in-extenso*, en la prestigiosa revista de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, en el referido año, en las cuales se consignan curiosas noticias que sería largo e inútil reproducir; pero que relatan detalles de bastante interés sobre la vida intelectual y hasta social de aquellos lejanos tiempos. Recuerdo a este respecto, que para coronar las citadas fiestas de con-

memoración, fueron ellas honradas con la presencia oficial del entonces Ministro de Instrucción Pública, don Tomás Ramírez Frías y de medio ciento de ex-alumnos y todavía que su Rector de entonces acordó, entre otras cosas, formar una *Galería de Honor*, con los retratos de los juzgados como más distinguidos alumnos que hubieren hecho sus estudios de humanidades en sus aulas, entre los cuales me cupo, inmerecidamente, la honra de ser uno de los elegidos.

Tenemos, pues, según las sumarias noticias dadas más atrás, que el Liceo de La Serena, (sin contar el Instituto Nacional de Santiago), es hoy el más antiguo de los planteles educacionales de nuestro país.

*
* *
*

Cuando ingresé en el Liceo, dirigía sus destinos, el distinguido humanista don Rafael Minvielle, afamado catedrático y matemático español (que se encontraba en Chile desde 1837) y que en esa época contaba ya más de 80 años de edad. Nacido en el antiguo reino de Valencia (España), en 1800, se había educado en Francia y pasando después a la Argentina, en 1827, donde había fundado en Buenos Aires un colegio que gozó de señalada reputación y que era dedicado especialmente a formar jóvenes aptos para el comercio. Establecido diez años más tarde, en nuestro país, se inició como abogado, defendiendo al coronel Vidaurre, ante el Consejo de Guerra que lo tenía encausado por el asesinato alevoso de don Diego Portales. Después actuó al servicio de Chile en la expedición libertadora del Perú y también en la diplomacia, para ingresar por último a la enseñanza nacional en 1843, en la cual supo desempeñar, como asimismo, en la literatura y periodismo, un papel de reconocida importancia, pues siempre se le designa por los historiadores como uno de los más entusiastas innovadores en la enseñanza nacional. Había sido designado Rector del Liceo de La Serena, en 1874, donde permaneció por cerca de 10 años, falleciendo en Santiago muy anciano ya, en enero de 1887, y conservando hasta su muerte una inteligencia extraordinariamente lúcida.

Fué un Rector muy querido de sus educandos y siempre se jactaba con íntima satisfacción, de su prodigiosa mentalidad para los cálculos numéricos, pues recuerdo que en mi tiempo y teniendo ya 83 años de vida, hacía cálculos maravillosos men-

talmente, sin siquiera escribir cifras en la pizarra. Le gustaba en tal forma asistir de improviso a las clases de matemáticas, donde se gozaba examinando a los alumnos y manifestando asimismo sus ya recordadas facultades para las operaciones de cálculo.

—¿Cuál es el producto de 475 por 937?—se le preguntó en cierta ocasión en una de esas visitas, y sin titubear, ni escribir número alguno, en el pizarrón, contestó en breve tiempo y con absoluta seguridad: 445.075.

Era algo verdaderamente asombroso la frescura de su cerebro.

Se gozaba también en mostrar cierto ingenio picaresco en sus expresiones, y recuerdo a este respecto, que habiendo cierto día entrado de improviso a una de nuestras salas de clase, todos, respetuosamente, nos pusimos de pie en su honor, menos uno de los nuestros, cuya descortesía le molestó en tal forma, que dirigiéndose a él le preguntó con aspereza:

—¿Cómo se llama usted?

—Perfecto Cortés, contestó nuestro compañero, sin hacer el menor alarde de respetuosidad, y entonces don Rafael, con mucha presteza y complacencia, tuvo la genialidad de decirle:

—Pues mal lleva usted su apellido. En adelante se le llamará *Perfecto Descortés*, y salió de la clase feliz de su ocurrencia, en medio de las risas juveniles y gozoso de que todos apreciáramos cómo se debía la severa y oportuna lección de disciplina y buena crianza que acababa de dar.

*
* *

En cuanto al resto del profesorado de mi tiempo, puedo decir que aunque no constituía un portento en materia pedagógica, sería una ingratitud no declarar que él se esforzaba en prestar útil cooperación a la Rectoría y en hacerse, por lo general, bien estimar del alumnado.

He aquí sus nombres y sus principales características personales, que esbozo al tenor de mis recuerdos:

El profesor de Gramática, era don Clímaco Alvarez, gordo muy simpático y gritón; pero de índole extremadamente benévola.

La *Historia* nos la enseñaba don Francisco Varela Calzada (*Varelita* como le llamábamos a causa de su menguada figura), a quien mucho se le temía y poco se le estimaba, por

su rostro de exagerada severidad y su hablar tendencioso y lento. Gustaba mucho de hacer *grimace* y de clavar la vista a los alumnos en las interrogaciones, con lo que terminaba por desconcertarlos y hacerles perder la tranquilidad, tan necesaria a veces para bien contestar. Gustaba más de que los alumnos le temieran, que estimaran.

De *Matemáticas* eran profesores don Camilo Iriarte, don Gerardo Fontecilla y don Bartolomé Blanche, padre este último del General del mismo nombre, todos los cuales, sin ser portentos en la enseñanza, fueron siempre bien estimados, sobre todo don Bartolo, a quien llamábamos el *Roto Blanche*, por su figura y sus modales exageradamente campechanos, quien solía gozarse en el uso de palabrotas que convidaban a faltarle el respeto.

La de *Literatura* corría a cargo de don Pacomio Gómez Solar, que gustaba sobre manera y con íntima satisfacción, de estimularnos en la perfección del estilo por medio de composiciones, de las cuales el mismo o alguno de los condiscípulos por él designados, hacía después la crítica. Recuerdo a este respecto, que en cierta ocasión, presenté yo un trabajo con tinte romancesco, intitulado *José Villegas*, en el que hacía algo así como la historia de determinadas aventuras romancescas de un personaje hijo de mi imaginación. Don Pacomio designó a uno de mis compañeros, a José Viera Gallo, para que analizara mi trabajo, lo que hizo, quizás, con exagerada ironía, si no malevolencia, hiriendo con ello mis pretensiones de estilista y de ingenio, y entonces Carlos, mi hermano, tomando a escondidas los originales, me los devolvió, escribiendo en su última página y con toda prontitud, una estrofa, que mucho hizo reír a quienes le leyeron y que decía:

—¿Qué es tu pasmo soberano,
Pobre mortal que aquí llegas?
—El ver que un genio es tu hermano
Y autor de José Villegas.

Desde entonces quedé ya curado de pretensiones literarias. Profesor de *Religión* lo era un muy virtuoso sacerdote, don Ventura González, de carácter bondadoso y que en años anteriores había sido *malgré lui*, el héroe de un enojoso incidente ocurrido en 1874, entre el Rector y el Obispo de La Serena, don José Manuel Orrego, que se relataba así:

Durante un retiro espiritual hecho en la propia capilla del

Liceo, un intransigente predicador jesuíta, el Padre Domínguez, puso de oro y azul a la masonería, por lo que el Rector de entonces prohibió al religioso continuar su prédica, so pena de expulsión a viva fuerza. Impuesto de ello el Obispo, que era de armas tomar, ordenó al capellán González que renunciara inmediatamente su puesto, y como el Rector se negó a dar curso a esa renuncia, trocándola en un úkase de destitución, el señor Orrego prohibió a su vez a todo el clero de su diócesis el desempeño de cargo alguno en el Liceo hasta que se dieran las debidas satisfacciones.

Este asunto fué muy bullado en su tiempo y originó un *miting* de libres pensadores, que la autoridad se vió en la necesidad de prohibir para evitar mayores consecuencias, porque la sociedad y el pueblo, que eran extremada y fervientemente católicos, se pusieron desde el primer momento a las órdenes del Obispo, para evitar si era posible a palos, cualquier vejamen que se pretendiera hacer a la Iglesia.

La clase de *Inglés*, estaba a cargo de don Alejandro Mac-Colm, un irlandés de rostro sanguíneo y carácter displicente, por el cual se tenía muy poco respeto, quizá porque siempre se presentaba a las clases mascando un salchichón, que pestilaba el ambiente. Usaba en su enseñanza el fatigoso sistema Ollendorf, tan edificante y soporífero en sus modalidades:

—¿Tiene usted el clavo de hierro del carpintero?

—No señor; pero mi tío toca la flauta.

La de *Francés* y la de *Contabilidad* (o de *Partida Doble*, como se la llamaba), era ejercida por don Enrique Blondel, personaje muy inteligente, popular y de extraordinaria erudición, que tenía un pasado algo enigmático, como que siempre se daba sobre su vida versiones novelescas.

Nacido en Francia, había llegado a Chile allá por el año 1865, y fué empleado de mi abuelo, don Santiago Vicuña y Aguirre, en cuya casa vivió por algún tiempo y a quien todavía dedicó un texto de *Contabilidad*, publicado por él, en 1867.

De porte casi alto y recio, de mirada inteligente y de una verbosidad meridional, cubría su cabeza con una larga melena, que le tapaba totalmente las orejas, lo que hizo siempre sospechar no tenerlas, que era *pilón*, como entonces se decía. Se complacía siempre en sus clases en recitarnos con mucho énfasis sus propias poesías, y recuerdo que todos los 14 de julio nos reunía ceremoniosamente en su amplia sala, para hacernos declamar en coro los versos de "La Marsellesa", que él

cantaba con nosotros, con melodiosa voz y una entonación impregnada de ardoroso patriotismo.

Aun resuena en mis oídos su voz timbrada, entonando con íntima unción, su estrofa predilecta:

Allons enfant de la patrie
le jour de gloire est arrivé
contre nous de la tyrannie
l'étendart sanglant est levé

A lo que nosotros, *les enfants*, gozamos, coreábamos a todo pulmón:

Aux armes, citoyens, formez vos bataillon
Marchon, qu'un sang impur abreuve nos sillons.

Por desgracia, tan bulliciosas escenas sólo se repetían una vez al año, los 14 de julio; pero su recuerdo se perpetuaba en nuestra imaginación por semanas y semanas: "Aux armes, citoyens! . . .

Refiriéndose a este recordado maestro, mi hermano Carlos, en la carta de recuerdos sobre el Liceo, a que he hecho referencia, dice:

"Escribió dramas, comedias y poesías, de las cuales me dedicó algunas, que aun conservo entre mis papeles revueltos; publicó revistas comerciales, literarias y mineras; poseía el latín y el griego: tocaba el contrabajo con mucha dedicación y buen oído y todos los 14 de Julio nos hacía cantar "La Marsellesa" con patriótica unción".

Contrastando las bulliciosas clases de Mr. Blondel, debo ahora hacer mención a las lecciones de ciencias naturales, físicas, químicas e historia natural, con que nos regalaba día a día el más respetado y querido de nuestros profesores, don Bernardo Ossandón, que las hacía en un gabinete muy cuidado y que constituía nuestra reliquia. Sus disertaciones eran oídas y aprovechadas como ningunas, pues se le quería tanto como se le respetaba. Años más tardes, en 1921, y ya más que octogenario, don Bernardo escribió como lo he dicho, una historia o crónica bastante completa del Liceo en la que, con exagerado afecto, al referirse a sus ex-alumnos, hace recuerdos míos muy bondadosos y cita hechos que me enaltecen.

No sería completa esta enumeración de mis viejos maestros, si no dedicara también un recuerdo a don Juan Gmo. Zavala,

que enseñaba la *Filosofía* y el *Latín*, y a quien más se le temía que estimaba; pero que siempre fué considerado persona superior, por su ilustración y respetabilidad.

Años más tarde, en 1892, pasada la revolución contra Balmaceda, se realizaron en el país unas elecciones parlamentarias muy bulladas y en ellas, a pesar de la opresión partidista, resultaron elegidos dos diputados partidarios del régimen caído, los señores Ricardo Letelier y Juan Gmo. Zavala, el primero de los cuales, al primer síntoma de oposición, fué expulsado de la Cámara, quedando así el señor Zavala, como ejemplar único de la libertad electoral. . . . Desgraciadamente y quizás atemorizado por lo que le había ocurrido a su colega de oposición, don Juan Guillermo guardó por todo el período un discreto o miedoso silencio, defraudando en tal forma a sus electores, que esperaban de su independencia e ilustración algo más que la mudez.

Había también en el Liceo, en un patio especial y que a los educandos de humanidades no se nos permitía visitar, un curso superior de *Ingeniería de Mina*, del cual eran profesores don Buenaventura Osorio, don Gerardo Fontecilla, don Francisco Urra y don Adolfo Formas, el último de los cuales era, un taciturno y filósofo maestro, al estilo de Flammarión, que gozaba de gran reputación de altruísmo masónico y de hombre de ciencia astronómica, que él traducía en artículos bastante bien escritos e impregnados de honda y sabia erudición.

*

* *

Y para completar esta detallada crónica sobre nuestro querido Liceo, paso ahora a referirme a otros elementos de menor cuantía, a los *Inspectores* del patio de los internos, que constituían nuestros empedernidos y a veces apasionados verdugos y que respondían a los nombres o apelativos del Ciego Veas, Tobías Courbis, Agustín Gallardo y Guillermo Escribar, el último de los cuales, por su extremada y no siempre atinada severidad y sus inveterados modos bruscos, era muy mal querido entre la muchachada, que despectivamente y aludiendo a sus toscas facciones había bautizado con el apodo de *Naríz de Pelotón*, quizá para consonarlo con otro epíteto de mayor y más ordinario calibre. . . . Llegaron a tales extremos las odiosidades contra el señor Escribar, que en cierta ocasión se produjo en su contra un verdadero motín, en el cual

jubilosa y ruidosamente todos los muchachos quisimos castigar a este verdadero Ciudadano Nerón, paseándonos por el patio en una gritería infernal en su contra, ostentando emblemas muy poco respetuosos y todavía coreando una estrofa que ex-profeso había redactado mi hermano Carlos y que a la letra decía, parodiando a la Marsellesa:

Quisiera ver a Escribar
Colgado de un farol,
Con tanta lengua afuera
Pidiéndonos perdón.

¡Fácil será comprender la batahola que se formó!...

Y, cosa curiosa, andando los años, mi hermano y yo, siendo ya hombres, nos tornamos en buenos amigos de don Guillermo, quien, al recordar las anteriores incidencias, se reía, relatándonos a su vez sus impresiones de impotencia ante tantas y tan reiteradas procacidades estudiantiles.

A los otros inspectores muy poco se les molestaba, porque guardaron siempre mayor deferencia y ecuanimidad con los educandos.

Para completar la planta de servicio a que estamos haciendo referencia, debe también hacerse mención de determinados empleados menores y hasta cierto punto anónimos; pero que jugaban un papel relativamente importante en nuestra situación

Me refiero al *Ecónomo*, al invisible Rosario, que tenía a su cargo todo lo referente a la proveeduría y bucólica del internado y a los *mozos* del servicio, entre los cuales, por tener la atención de mi mesa en el comedor, debo citar al buen Pedro, que solía agraciarnos con una repetición del postre inveterado, de los nunca bien ponderados alfajores, llamados entonces *Oquenditos*, de los que eran proveedores unas famosas niñas apellidadas Toro, a quienes por algo, cuando las visitábamos en su casa particular, inmediata al Liceo, las halagábamos con el cariñoso nombre de *Las Toritos Dulces*...

Toda esa extensa telaraña, esa complicada máquina de profesores y alumnos, de inspectores y personas del servicio interno, era manejada o más bien dicho, supervigilada por el Vicerrector del establecimiento, que en mis tiempos lo era el acreditado abogado don Fortunato Peralta, especie de lego sin sotanas, que se paseaba sigilosa y quedamente por

los corredores, oyendo o no oyendo los reclamos que ante él se formulaban.

De carácter extremadamente bondadoso, sino pusilánime, en los casos extremos de insurrección llamaba don Fortunato a su sala particular al cabecilla y lo sometía a un riguroso interrogatorio, que siempre terminaba con una reprimenda, que nadie temía y una afectuosa cachucha, ornamentada con la siguiente frase, que parecía estereotipada en sus labios:

—Bueno, pues, joven, espero que ésta habrá de ser la última vez que tenga que reprimirlo, ya que si usted llegare a reincidir, me vería en la dura y premiosa necesidad de *expulsarlo* del Liceo.

Sentencia que a nadie impresionaba, y tanto era así que en más de alguna ocasión, fuí testigo del hecho insólito de que el propio y recién amenazado o emplazado de expulsión, se tornara sigilosamente y en puntillas, al escritorio de la Vicerrectoría y disfrazando la voz, tras de un biombo, le gritara:

—Fortunato, cara de gato.

Tírate un flato, garabato.

Y si no lo haces, te mato.

La única vez que vimos al señor Peralta mostrarse efectivamente enérgico y hasta temerario, como que casi me costó la destitución efectiva del colegio, fué al fallar una niñería, encabezada por mí y que estuvo a punto de degenerar en una sublevación de los internos, por lo que merece ser referida:

Héla aquí:

Servía los oficios de ecónomo del Liceo, como ya lo he dicho, un empleado muy meritorio, a quien simplemente llamábamos Rosario, por ignorar su apellido y como éste solía mal selectar y variar nuestro escaso y mal condimentado menú, se acordó en cierta ocasión, protestar en cuerpo de ello ante la Vicerrectoría, y como ésto tampoco nos diera resultado, resolvimos iniciar una campaña que en otra forma nos condujera a satisfacer tan legítima aspiración.

Tal fué el origen de una superchería que, para mal de mis pecados, me fué encomendada y que consistía en inventar una estratagema que condujera a los inspectores del comedor, nada menos que a convencerse por sus propios ojos, de que para ahorrar dinero se nos estaba alimentando con carne de ratón. Como se oye, con carne de ratón.

Y, efectivamente, días después, en circunstancias en que presidía nuestra mesa el inspector Gallardo, deslicé furtiva y maliciosamente una cola de esos inmundos bichos en un *lechuguín* (que era uno de los números más repetidos en el *menú*), y tan pronto como di a conocer, ruidosa y airadamente tal hallazgo, se produjo en la sala una gritería infernal y protestas tales que yo mismo, aunque autor de la superchería, llegué a estimar como exagerada. Todo el alumnado se puso airadamente de pie y en medio de la general protesta, disparó los platos por el amplio comedor, formándose con ello una sonajera y bullicio fácil de comprender.

Mientras tanto don Agustín, que no había presenciado el hecho de prestidigitación y que hasta lo creía cierto, se puso de nuestra parte e impuso de lo ocurrido al Vicerrector, quien no tardó en iniciar una pesquisa, que hubo de terminar desfavorablemente para su autor, pues yo, asustado de las proporciones que había tomado el asunto, concluí por confesar el embuste, lo que en estricta y benévola justicia, me valió tal reprimenda que estuve en un triz de ser *expulsado* del Liceo, por sedicioso y embustero...; pena que después de muchos trajines, me fué trocada por una semana de encierro, a *pan y agua*, que soporté sin protesta, ni lloriqueos, ya que era el primero en estimar que bien me la merecía.

Sin embargo, todos estuvimos después contestes en que nuestro menú se hizo desde entonces con más cuidado y sobre todo más variado.

¡La mentira, triste es decirlo, había logrado sus efectos!

De entonces hasta hoy, va transcurrido ya casi medio siglo y, grato me es decirlo, el señor Peralta, única reliquia del personal directivo de aquellos tiempos, vive en pleno ejercicio profesional en La Serena, conservando el mismo carácter suave y ecuaníme que lo caracterizaba, y rodeado de la consideración y afectos del gremio forense.

Lo transcrito y muchas otras incidencias que para no alargar este relato estudiantil, dejo en el tintero, manifiesta que en el Liceo se me tenía hasta cierto punto, como el gran cabecilla de todas las colegialadas o inocentes maldades de ocasión, lo que paulatinamente había conducido a que el *Chupete Marín* (que tal era el apodo con que siempre se me designaba en el Colegio), adquiriera merecida fama del "*Enfant terrible*"; pero a pesar de tantas y tan explicables travesuras, justo también, es decir, que en mis clases fui por lo general, de los primeros, como lo acreditan la lista de las votaciones obtenidas

en los exámenes durante los seis años de mis humanidades (1882-87), que tengo a la vista, por la que consta que en casi todos mis ramos obtuve distinción unánime y en muchos de ellos los mejores premios, sobre todo en los cursos superiores que dirigía don Bernardo Ossandón y don Pacomio Gómez Solar, de Ciencias Naturales y de Literatura, quienes siempre y paternalmente me estimulaban con sus consejos y aplaudían mis éxitos, sin disimular mis travesuras.

Que llegue hasta las regiones de lo infinito, en que hoy moran, las expresiones de mi sincero agradecimiento.

*
* *
*

Y para completar esta ya larga relación de mi estada en el Liceo, (que bien puede, andando los años, adquirir importancia, para los que quieran historiar la instrucción pública de mi ciudad natal), podría aún referirme con igual minuciosidad a mis condiscípulos: pero como ello me conduciría a algo demasiado extenso, me limitaré únicamente a dar los nombres de los cuarenta compañeros que conmigo, llegaron a la meta de los estudios, al final de las humanidades. Los demás lamentablemente quedaron en el camino.

Hélos aquí:

Agustín Alfonso Muñoz, Carlos Allard, Francisco Araya Benett, Carlos Bravo Monardes, Maximiliano Barrios, Rodolfo Cantuarias, José Fco. Cifuentes, Emiliano Carmona, Manuel Castro Valdivia, José Tomás Campaña, Rafael Humeres Cristi, Juan Herrera, Carlos Illanes Beytía, Abdón Giliberto, Perfecto Lorca Marcoleta, Samuel Lawrens, Joaquín Larraguibel, Carlos Marín Vicuña, Román Muñoz, Francisco Muñoz, Julio Montebruno López, Alfredo Mery Peñafiel, Carlos Mery Peñafiel, Santiago Marín Vicuña, Manuel Moya, Angel C. Magallanes, Francisco Martínez, Enrique Molina Garmendia, Reinaldo Niño de Cepeda, Rafael Naranjo, Carlos Osorio Cuéllar, Tomás Ossandón O'Sche, Carlos Parodi Casanueva, Diego Pérez de Arce, José Manuel Piñera, Augusto Pulido Illanes, Ramón Solar Vicuña, Alfredo Solar Vicuña, Alberto Torres Tornero, Pedro Balla, José Viera-Gallo, Manuel Vicuña Cifuentes y Eduardo Williams.

De los nombrados, apenas si la cuarta parte vinieron a Santiago a perfeccionar sus estudios, en la Universidad, y de ellos sólo muy pocos llegaron a triunfar en la vida.

—¿Y qué se ha hecho el grueso saldo?

—Lo ignoro, porque entre nosotros, por desgracia, los condiscípulos, una vez salidos de las aulas, perdemos ya todo contacto y hasta las mismas fisonomías se esfuman de los recuerdos.

Delante de mí tengo una fotografía del internado y medio pupilaje de 1887, y tristemente debo confesar, que muchos de los rostros que ahí figuran, ni siquiera podría asegurar a quienes corresponden, y a la inversa, muchos nombres que aun acuden a mi cerebro, no podría decir cómo fueron, lo que es de sentir, porque el alumnado que por años y años, hace la vida tan en común, tan de hermanos, debiera, a través de las vicisitudes de la existencia, no perderse nunca de vista y hasta auxiliarse en caso de necesidades, ya que la suerte suele ser tan variada y tan contingente en sus veleidades.

Iguales reflexiones hacía en cierta ocasión, en Italia, el gran literato Edmundo de Amicis, quien, en la plenitud de su gloriosa existencia, dolorosamente solía exclamar, aludiendo a sus ignorados y quizás perdidos condiscípulos:

“Durante mucho tiempo he tenido a la vista la personalidad evidente de cada uno de ellos. Eran trescientas caras coloradotas, que me sonreían, y trescientas chaquetas que daban a conocer la condición de sus padres: pero, poco a poco, todos aquellos rostros se han confundido en una sola faja de color de rosa y todas estas chaquetas, en un tono pardo y uniforme; todos sus movimientos en una agitación temblorosa, indistinta y todas aquellas voces en un murmullo difuso, que tiende a más y más desaparecer”.

¡Esa es la vida!

¡Cuántas veces el triunfo pertenece no a los más capaces, sino a los más audaces!

Audaces fortuna juvat, decían los latinos.

Y así, corriendo y corriendo los años, en abril de 1888, al optar al título de Bachiller en Matemáticas, di término feliz a mi *vida liceana*, empezada seis años atrás, trasladándome después a Santiago, para ingresar al curso de Ingeniería de la Universidad de Chile, regida entonces por su digno Rector, don José Joaquín Aguirre, que en octubre de ese mismo año, en Claustro Pleno, y por manos del Secretario General don Adolfo Valderrama, me hizo entrega solemne del Diploma correspondiente.

Había, pues, concluído mi traviesa vida estudiantil de los

cursos superiores y entraba a la universitaria, ya de mayores responsabilidades y de más alto tono.

El niño, en tal forma, se trocaba en hombre. (*)

*

* - *

Y para dar término a estas *reminiscencias íntimas* de la niñez, por las que han desfilado tantos nombres y tantos recuerdos, quiero aún dedicar algunas líneas al viejo y recordado hogar de mis mayores y a la hermosa ciudad que me vió nacer, pagando así un tributo de afecto que no quiero, ni debo silenciar.

Mi familia vivía por aquellos tiempos, en el viejo y querido caserón de la calle Catedral, donde también habían nacido y vivido mis antepasados Vicuña y que hoy ha sido transformado en casa comercial.

¡Con qué fidelidad lo recuerdo a través de los años!

Era un edificio amplio, casi señorial y de un piso, cuyo primer patio sombreaba dos corpulentos y verdinegros naranjos, que embalsamaban el aire con la fragancia de sus blancos azahares.

Más al fondo, seguía un otro patio, rodeado también de edificios bajos y en cuyo centro se erguía, entre palizadas de sostén, un viejo chirimoyo, de muy sazoados frutos, al cual formaban guardia de honor hasta seis seculares lúcumos y otros tantos chañares; pero lo que más nos atraía cuando niños, no eran aquellos generosos y prolíficos árboles, sino el espacioso huerto del fondo, donde se ostentaba la verde hortaliza, que trabajosamente aun laboraba el viejo ño Mondaca, casi centenario ya, tamizada de papayos, de frondosas higueras y de floridos perales, cuyos sazoados frutos nunca saciaban nuestras inagotables golosinas de la juventud. Era ahí, pues, donde yo y mis hermanos, nos hartábamos de sabrosas frutas y donde alimentábamos también nuestra ya naciente imaginación con las espeluznantes narraciones de duendes y brujerías que el viejo hortelano nos regalaba y que solía alternar con recuerdos y anécdotas de antaño, de los ya esfumados tiempos del *patrón viejo*, del Tata Joaquín, glorioso coronel y gran patriota que en las llanuras de Soco supo exterminar a

(*) En los Anales del Instituto de Ingenieros, correspondiente al mes de octubre de 1932, publiqué, con este mismo título, un otro artículo, hasta cierto punto complementario del presente, en el cual consigno datos interesantes sobre mi vida *universitaria*.

los godos de la patria vieja y que después, por años y años, gobernó a la naciente provincia con tanta prudencia, como apacible buen sentido.

¡Añoranzas de antaño!

En aquella época, último tercio del siglo pasado, La Serena no era aún la ciudad de hoy, que empieza a tener los aires de una señora endomingada; pero tampoco era el humilde y mísero caserío descrito al Rey por el diligente Gobernador don Ambrosio O'Higgins, casi al finalizar su prolífico gobierno. Sin embargo, aun se conservan en sus regularizadas *manzanas*, los bajos y mal tejados edificios de la Colonia, que daban frente a polvorientas y mal empedradas calles, por cuyo centro corrían, a tajo abierto, nauseabundas acequias, que en sus casi diarios desbordes y aniegos, pestilaban el ambiente y amagaban la salubridad local.

Nuestra querida ciudad era, pues, entonces algo muy similar al Santiago, de los comienzos del siglo, de ahí que, parodiando el decir del viejo cronista Pérez Rosales, podríamos traducir así sus míseros deslindes:

Al *norte*, el basural del Coquimbo; al *sur*, el basural de La Pampa; al *oriente*, el basural de Santa Lucía, y al *poniente*, el basural de la Barranca del Mar.

Por fortuna, dentro de tan poco envidiables suburbios, existía un caserío modesto si se quiere; pero poetizado por las viejas torres de los viejos Conventos y por los altos y perfumados magnolios de los extensos y clavelosos solares, plantados quizás por las propias manos de sus legendarios fundadores, por aquellos bravos soldados de antaño que respondían a los nombres homéricos de Aguirre, Cisternas y Riberos, que la historia conserva en sus páginas de honor y gloria.

Era, pues, el modesto y querido caserío de mi niñez un centro de vida apasible y grato, de ahí que, cerrando los corpóreos ojos, acuda hoy a mi espíritu, con los gratos colores de la simpatía y el eterno recuerdo de la gratitud, precioso licor de oriente, que se perfuma en las almas grandes y se esfuma en las pequeñas.—SANTIAGO MARÍN VICUÑA.

LA CONDESA DE NOAILLES, RECORDADA A GRANDES Y PEQUEÑOS RASGOS

VUELTO a París después de seis meses de ausencia, sería inútil preguntarme qué hay de nuevo en el campo de la li-